

DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

LA ESPERANZA ECUMÉNICA EN LA ENCÍCLICA «ECCLESIAM SUAM»

P. Enrique Montes I.V.E
ubi est? non scio.

El Beato Juan XXIII, inició el Concilio Vaticano II, pero no pudo llevarlo a término, porque el 3 de junio de 1963, entregaba su espíritu a Dios; el nuevo Pontífice, Pablo VI, aseguraba al mundo que se comprometía a realizar como su principal obra en aquel momento, la culminación del Concilio; en efecto el 29 de septiembre de aquel año, Pablo VI, reiniciaba el Concilio Vaticano II.

Y aún cuando decidió no tocar directamente ninguna de las cuestiones discutidas, *sin querer perturbar los trabajos del concilio... pero para que se celebren más fructuosamente sus sesiones*, publicó su primera encíclica *Ecclesiam Suam*.

Tres son sus directrices; y cada una de ellas, corresponden a las tres partes de la encíclica.

Podemos decirnos sin más,...que tres son los pensamientos que agitan nuestro espíritu cuando consideramos el altísimo oficio que la Providencia... nos ha querido confiar, de regir la Iglesia de Cristo¹.

El primero: *la Iglesia debe profundizar la conciencia de sí misma, debe meditar sobre el misterio que le es propio, debe explorar,...acerca de su propio origen, de su propia naturaleza, de su propia misión, de su propia suerte final².*

El segundo pensamiento de la encíclica según palabras de Pablo VI: *que ocupa nuestro espíritu y que quisiéramos manifestar a fin de encontrar no sólo mayor aliento para emprender las debidas reformas, sino también para hallar en vues-*

¹ PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, Prólogo, 1.

² PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, Prólogo, 1.

*tra adhesión el consejo y apoyo en tan delicada y difícil empresa, es el ver cuál es el deber presente de la Iglesia de corregir los defectos de los propios miembros y hacerlos tender a la mayor perfección y cuál es la vía para llegar con sabiduría a tan gran renovación*³.

Y finalmente el último pensamiento del Pontífice: *nuestro tercer pensamiento, nacido de los dos primeros ya enunciados, es el de las relaciones que actualmente debe la Iglesia establecer con el mundo que la rodea y en medio del cual vive y trabaja... preséntase, pues, el problema llamado del diálogo entre la Iglesia y el mundo moderno*⁴.

Por lo tanto, la Iglesia al tomar conciencia de su origen, naturaleza y misión y al renovarse, -renovación que no puede afectar a lo fundamental, sino que debe comunicar un nuevo esplendor del Rostro de la Iglesia- refuerza aquel pensamiento de Cristo que se realiza en el diálogo entre la Iglesia y *todos los hombres de buena voluntad, tanto dentro como fuera de la Iglesia*⁵.

Enseña Juan Pablo II que la esperanza *debe conducir, al mismo tiempo, a aquel diálogo que Pablo VI en la Encíclica Ecclesiam Suam llamó «diálogo de la salvación»*⁶, *distinguiendo con precisión los diversos ámbitos dentro de los cuales debe ser llevado a cabo*⁷. Y a continuación agrega, dando nueva luz con esta explicación, *no ceso de dar gracias a Dios, porque este gran Predecesor mío y al mismo tiempo verdadero padre, no obstante las diversas debilidades internas que han afectado a la Iglesia en el período posconciliar, ha sabido presentar «ad extra», al exterior, su auténtico rostro... (el rostro de la Iglesia), su misión y su servicio*⁸; podríamos nosotros agregar entonces, que la misión de la Iglesia es el *diálogo de la salvación*, del cual habla Pablo VI en su encíclica Ecclesiam Suam.

El Concilio Vaticano II ha llevado a cabo un trabajo inmenso para formar la conciencia plena y universal de la Iglesia, a la que se refería el Papa Pablo VI en su

³ PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, Prólogo, 1.

⁴ PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, Prólogo, 1.

⁵ PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, III, 23.

⁶ PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, III, 18.

⁷ JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptor Hominis*, 4.

⁸ JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptor Hominis*, 4.

primera Encíclica. Tal conciencia -o más bien, autoconciencia de la Iglesia- se forma «en el diálogo», el cual, antes de hacerse coloquio, debe dirigir la propia atención al «otro», es decir, a aquél con el cual queremos hablar⁹.

El hombre es la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma; por tanto no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo¹⁰. El diálogo es paso obligado del camino a recorrer hacia la autorrealización del hombre, tanto del individuo como también de cada comunidad humana. Abarca al sujeto humano totalmente.

Esta verdad sobre el diálogo, expresada tan profundamente por el Papa Pablo VI en la Encíclica *Ecclesiam Suam*, fue también asumida por la doctrina y la actividad ecuménica del Concilio. El diálogo no es sólo un intercambio de ideas. Siempre es de todos modos un intercambio de dones.

Los círculos del diálogo de salvación

La Iglesia no ignora las formidables dimensiones de la misión que Dios le ha encomendado; a su vez, conoce la desproporción que señalan las estadísticas entre lo que ella es y la población de la tierra; conoce los límites de sus fuerzas, conoce hasta sus propias humanas debilidades, sus propios fallos, sabe también que la buena acogida del Evangelio no depende en fin de cuentas de algún esfuerzo apostólico suyo o de alguna favorable circunstancia de orden temporal: la fe es un don de Dios y Dios señala en el mundo las líneas y las horas de su salvación. Pero la Iglesia sabe que es semilla, que es fermento, que es sal y luz del mundo, por eso no promete felicidad terrena sino que ofrece algo, -su luz y su gracia- a su vez, habla al mundo de verdad, de justicia, de libertad, de progreso, de concordia, de paz, de civilización. Cristo le ha confiado esta misión. Y por eso la Iglesia tiene un mensaje para cada categoría de personas: para los niños, para la juventud, hombres científicos e intelectuales, para el mundo del trabajo y las clases sociales, para los artistas, para los políticos y gobernantes: especial-

⁹ JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptor Hominis*, 11.

¹⁰ CONC. ECUM. VAT II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 24.

mente para los pobres, para los desheredados, para los que sufren, incluso para los que mueren: para todos¹¹.

Esta misión de la Iglesia, se presenta –en feliz expresión de Pablo VI–, en *círculos concéntricos alrededor del centro en que la mano de Dios nos ha colocado*¹².

A su vez, Juan Pablo II dice en la Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente: Pablo VI*, por su parte, en la *Encíclica Ecclesiam suam* explica la universal participación de los hombres en el proyecto de Dios, señalando los distintos círculos del diálogo de salvación¹³.

Hay un primer círculo, inmenso, cuyos límites no alcanzamos a ver;... son los límites que circunscriben la humanidad en cuanto tal, el mundo... Todo lo que es humano tiene que ver con nosotros. Tenemos en común con toda la humanidad... la vida con todos sus dones, con todos sus problemas... Sabemos sin embargo que en este círculo sin confines hay muchos, por desgracia muchísimos, que no profesan ninguna religión... Estamos firmemente convencidos de que la teoría en que se funda la negación de Dios es fundamentalmente equivocada... No es una liberación, sino un drama que intenta sofocar la luz del Dios vivo... La hipótesis de un diálogo se hace sumamente difícil en tales condiciones, por no decir imposible, a pesar de que en nuestro ánimo no existe en este momento ninguna exclusión preconcebida hacia las personas que profesan dichos sistemas y adhieren a esos regímenes.

Sin embargo, siguiendo el ejemplo de su predecesor Juan XXIII¹⁴, concluye *no perdemos la esperanza de que puedan un día abrir con la Iglesia otro diálogo, positivo, diverso del que constituye nuestra presente reprobación y nuestro obligado lamento*¹⁵.

El segundo círculo, también inmenso, pero menos lejano de nosotros: es el de los hombres que adoran al Dios único y supremo, al mismo que nosotros adoramos... los hijos del pueblo hebreo, dignos de nuestro afectuoso respeto, fieles a la religión que nosotros llamamos del Antiguo testamento; y luego a los adoradores de Dios según

¹¹ PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, III, 23.

¹² PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, III, 23.

¹³ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, V, 56.

¹⁴ Cf. JUAN XXIII, *Pacem in Terris*, *Acta Apostolicae Sedis* 4 (1963) 300.

¹⁵ PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, III, 24–27.

concepción de la religión monoteísta, especialmente de la musulmana, merecedores de admiración, por todo aquello que en su culto de Dios hay de verdadero y bueno; y después todavía a los seguidores de las grandes religiones afroasiáticas. Evidentemente no podemos compartir estas variadas expresiones religiosas ni podemos quedar indiferentes, como si todas, a su modo, fuesen equivalentes... al contrario, por deber de lealtad, hemos de manifestar nuestra persuasión de que la verdadera religión es única, y esa es la religión cristiana, y que alimentamos la esperanza de que como tal llegue a ser reconocida por todos los que buscan y adoran a Dios. A este respecto aclara, un diálogo por nuestra parte es posible y no dejaremos de ofrecerlo donde quiera que con recíproco y leal respeto, sea aceptado con benevolencia¹⁶.

Se nos presenta luego, el tercer círculo, el círculo más cercano a Nos en el mundo, el de los que llevan el nombre de Cristo. En este campo el diálogo que ha alcanzado la calificación de ecuménico... Con gusto hacemos nuestro el principio: pongamos en evidencia primero de todo lo que nos es común antes de subrayar lo que nos divide... Nada puede ser más deseable para Nos que el abrazarlos en una perfecta unión de fe y de caridad... ahora que la Iglesia Católica ha tomado la iniciativa de volver a reunir el único redil de Cristo, no dejará ella de seguir adelante con toda paciencia... Un pensamiento a este propósito nos aflige, y es el de ver cómo precisamente Nos, promotores de tal reconciliación, somos considerados por muchos Hermanos separados el obstáculo principal que se opone a ella, a causa del Primado de honor y de jurisdicción que Cristo confirió al apóstol Pedro y que Nos hemos heredado de él.

Al finalizar la mirada de este tercer círculo del diálogo de salvación, Pablo VI agrega bajo esta luz nuestro diálogo siempre está abierto; el cual aún antes de extenderse en conversaciones fraternales, se abre en coloquios con el Padre celeste, en efusiones de oración y de esperanza¹⁷.

Finalmente, el último círculo es con los Hijos de la Casa de Dios, la Iglesia una, santa, católica y apostólica... ¡Cómo quisiéramos gozar de un diálogo de familia en la plenitud de la fe, de la caridad y de las obras!... El espíritu de independencia, de crítica, de rebelión, no está de acuerdo con la caridad animadora de la solidaridad, de la concordia, de la paz en la Iglesia, y transforma fácilmente el diálogo en discusión, en altercado, en disidencia: desagradable fenómeno -aunque por desgracia siempre a punto de producirse- contra el cual la voz del Apóstol Pablo nos amonesta: «Que no

¹⁶ PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, III, 29

¹⁷ PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, III, 30.

haya entre vosotros divisiones»¹⁸, estamos pues, ardientemente deseosos de que el diálogo interior, en el seno de la comunidad eclesial, se vaya enriqueciendo en fervor, en temas, en número de interlocutores, de tal manera que se acreciente la vitalidad y la santificación del Cuerpo Místico terreno de Cristo¹⁹.

El Concilio Vaticano II en la Constitución dogmática sobre la Iglesia, considerando la cuestión de la pertenencia a la Iglesia y de la ordenación al Pueblo de Dios, dice así: *Todos los hombres están invitados a esta unidad católica del Pueblo de Dios... A esta unidad pertenecen de diversas maneras o a ella están destinados los católicos, los demás cristianos e incluso todos los hombres en general llamados a la salvación por la gracia de Dios²⁰.*

¿Expresa la encíclica la esperanza ecuménica?

Repetimos una vez más las palabras de Pablo VI, al hablar del segundo círculo de salvación: *hemos de manifestar nuestra persuasión de que la verdadera religión es única, y esa es la religión cristiana, y que alimentamos la esperanza de que como tal llegue a ser reconocida por todos los que buscan y adoran a Dios.*

Por eso finalizamos este artículo con las palabras de Juan Pablo II: *Mi predecesor Pablo VI ha dedicado al diálogo una parte importante de su primera Encíclica Ecclesiam suam, donde lo describe y caracteriza significativamente como diálogo de la salvación.*

En efecto, la Iglesia emplea el método del diálogo para llevar mejor a los hombres -los que por el bautismo y la profesión de fe se consideran miembros de la comunidad cristiana y los que son ajenos a ella- a la conversión y a la penitencia por el camino de una renovación profunda de la propia conciencia y vida, a la luz del misterio de la redención y la salvación realizada por Cristo y confiada al ministerio de su Iglesia. El diálogo auténtico, por consiguiente, está encaminado ante todo a la regeneración de cada uno a través de la conversión interior y la penitencia, y debe hacerse con un profundo respeto a las conciencias y con la paciencia y la gradualidad indispensables en las condiciones de los hombres de nuestra época²¹.

¹⁸ 1Cor 1,10.

¹⁹ PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, III, 31.

²⁰ Cf. CONC. ECUM. VAT II, Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 13.

²¹ JUAN PABLO II, Exortación apostólica *Reconciliatio et Paenitentia*, 25.

Final

Y ¿qué decir de todas las iniciativas brotadas de la nueva orientación ecuménica? El inolvidable Papa Juan XXIII, con claridad evangélica, planteó el problema de la unión de los cristianos como simple consecuencia de la voluntad del mismo Jesucristo, nuestro Maestro, afirmada varias veces y expresada de manera particular en la oración del Cenáculo, la víspera de su muerte: «Para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti». El Concilio Vaticano II respondió a esta exigencia de manera concisa con el Decreto sobre el ecumenismo. El Papa Pablo VI, valiéndose de la actividad del Secretariado para la unión de los cristianos inició los primeros pasos difíciles por el camino de la consecución de tal unión. ¿Hemos ido lejos por este camino? Sin querer dar una respuesta concreta podemos decir que hemos conseguido unos progresos verdaderos e importantes. Una cosa es cierta: hemos trabajado con perseverancia, coherencia y valentía, y con nosotros se han empeñado también los representantes de otras Iglesias y de otras Comunidades cristianas, por lo cual les estamos sinceramente reconocidos. Es cierto además que, en la presente situación histórica de la cristiandad y del mundo, no se ve otra posibilidad de cumplir la misión universal de la Iglesia, en lo concerniente a los problemas ecuménicos, que la de buscar lealmente, con perseverancia, humildad y con valentía, las vías de acercamiento y de unión, tal como nos ha dado ejemplo personal el Papa Pablo VI. Debemos por tanto buscar la unión sin desanimarnos frente a las dificultades que pueden presentarse o acumularse a lo largo de este camino; de otra manera no seremos fieles a la Palabra de Cristo, no cumpliremos su testamento. ¿Es lícito correr este riesgo?»²²

²² JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptor Hominis*, 6.